

MONOS CON MIRADA HUMANA

Por Oscar Daniel Salomón

- ¿Qué sorpresa nos tiene preparada para hoy Doc? ¿Vamos a escuchar a nuestros abuelos monos?

El abogado de la fundación intentó palmeear la espalda del hombre canoso a modo de saludo. El doctor Kühn, ya instalado en su puesto de mando, esquivó el hombro y lo dejó al otro azotando el aire. Volvió a consultar su reloj, el reloj de la pantalla central y el de su monitor. Se sonrió apenas asumiendo la sincronización como un mérito personal más. Su obsesión por el tiempo era conocida inclusive por la prensa, entre los cronólogos se comentaba que ya había logrado la actualización visual del pasado remoto, y en la universidad se fantaseaba con los primates prehistóricos que habría logrado ver, moviéndose en su pantalla en tiempo real, pero sólo los presentes en el anfiteatro sabían que ese día también intentaría escucharlos.

- ¿Seguro no hay forma de transportar una muestra? - insistió el biólogo molecular.

Los ojos grises del doctor Kühn congelaron la ansiedad del otro con desprecio, mirada que extendió al resto del auditorio. Si no fuera por exigencia de la fundación que financiaba sus investigaciones él hubiese preferido hacer los experimentos a puertas cerradas, sólo con el mínimo de auxiliares. Esa gente hasta se permitió aplaudir cuando las primeras imágenes del pasado habían comenzado a resolverse en la pantalla, hasta gritaron maldiciones y midioeses y virgenesantas cuando se cruzó en el paisaje proyectado el grupo de monos erguidos haciendo morisquetas. No entendían, le pedían fijar las coordenadas de tiempo y espacio, le pedían una muestra biológica, o aduladores le sugerían enfoque la fecha de nacimiento de la directora de la fundación. Y con esa gente curiosa de magia o empachada de fantaciencia debía compartir su validación sobre el tiempo plástico. Un tiempo curvo donde la luz o el sonido viajaban en línea recta, la cuerda del arco, conectando el presente con un sitio, con un instante preciso del pasado, determinado sólo por el azar de la geometría.

- Esta vez espero que la doctorcita nos pueda traducir las monerías. Está linda la doctorcita,

¿no Doc? ¿La está esperando para empezar?

El abogado se resignó al perfil silencioso y fue a ocupar su sitio, tendría su momento de revancha cuando el otro reincidiera pidiéndole más dinero. Kühn erguido, desde su escritorio tarima, giró la cabeza dando consistencia a los instrumentos y sobrevolando a los espectadores. El faro se detuvo sobre un grupo apelmazado, algo retirado en las sombras. Pensó, son como los monos que dicen investigar pero qué saben de investigación, esos animales y esta gente han enturbiado lo que debía ser una comprobación límpida de la física del tiempo. Miró su reloj y les dedicó una mirada severa.

- Debe estar por llegar - arriesgó una voz del grupo.

Por toda respuesta el doctor Kühn se sentó y operó algunas órdenes. Los aparatos y los ayudantes se activaron. Los contactos con un momento vago del pasado sólo podían hacerse cumpliendo un horario rigurosamente exacto. Los representantes de la fundación se acomodaron en sus sillones de primera fila dispuestos a presenciar otro espectáculo milagrero, especulando con las futuras ganancias de su inversión. Las luces y sonidos de los paneles comenzaron a afinar. Distribuidos en hileras semicirculares cada asistente tenía su monitor corriendo programas a una velocidad ilegible, pero igual todos alternaban sus miradas entre la pantalla grande aún inactiva y el demiurgo. La posición del escritorio del profesor, central, algo elevado, imponía el respeto de un trono y la autoridad ejecutiva del timonel. Los últimos murmullos cesaron cuando unos rayos de luz relampaguearon en el frente del anfiteatro ahora casi a oscuras.

Un estruendo estalló desde el fondo. Luz y ruidos profanos irrumpieron en el atrio sagrado como un puño. La puerta se cerró con un golpe. Todos, incluso el profesor Kühn, giraron en sus asientos. La joven que acaba de entrar, de pie, sostenía un pequeño bulto.

- Estoy con licencia por maternidad, no podía dejarla y las rutas... - desde sus brazos un berrido comenzó a crecer en el silencio recuperado – disculpen, le tengo que dar la teta, salí tan...

- Un ruido más y se retiran. Irrelevantes. No me importa si creen que su presencia puede servir de algo – el sumo sacerdote volvió a sus comandos sin definir a quienes alcanzaba la amenaza.

Sostenida por las miradas amistosas del resto del público la joven se agregó al grupo refugiado en la sombra de las butacas posteriores. El grupo de los humanos, como solían identificar los auxiliares del doctor a los especialistas en ciencias sociales, cohesionados a fuerza de miradas hostiles.

- En serio, desde el sanatorio es la primera vez que la bebé sale de casa y si no fuera por todo este asunto del sonido - murmuró abriéndose la blusa. Sus compañeros se apuraron a callarla con gestos mudos.

Los relámpagos en la pantalla central volvieron a concentrar la atención. El zumbido de las máquinas convocaba al trance hipnótico. Nadie hablaba, esperaban otra vez el milagro.

En la calma expectante se recortó nítido un eructo infantil. Las miradas buscaron al doctor Kühn deseando que no reaccionara, que dejara por una vez pasar el incidente. El dios del castigo comenzó a girar lentamente.

La criatura intentó un sollozo. La joven comenzó a arrullarla con una melodía ondulante nacida desde la madre, una consonante vibrante y cálida arrojando el sueño. La niña cerró los ojos. La cadencia se prolongó unos instantes en el silencio.

El doctor Kühn relajó el gesto y observó a la joven. Algunos dicen que ella le devolvió la mirada con desafío, otros que él ni siquiera la miró, si no que su vista fulminante de pronto se perdió más allá de la mujer y su bebé. Como haya ocurrido el profesor recuperó de inmediato la seriedad y volvió a sus instrumentos negando ligeramente con la cabeza, como sacudiéndose la desconcentración.

El espacio de la pantalla se puso blanco, con algunas machas impresionistas verdes y marrones. Las butacas volvieron a girar hacia el frente con urgencia. Sabían por las experiencias anteriores que el espectáculo era breve y los objetos concretos apenas fugaces.

El tronco con lianas de la izquierda fue la primera imagen en resolverse. El movimiento de las hojas iluminadas de sol sugería un día agradable, con algo de brisa, al otro lado del tiempo. El sitio proyectado, el cuadro era el mismo, siempre. Con lluvia o con sequía, simultáneo a las estaciones del presente. Siempre el mismo tronco con lianas a la izquierda, las hojas de sus

ramas más bajas, unos arbustos que se continuaban en una pradera rala al fondo, y un tramo de tierra desnuda que cruzaba la pantalla. Nada espectacular, un matorral cualquiera, hasta la flor que una vez se adivinó entre las hierbas era decepcionante por familiar.

En la fundación ante los primeros resultados se discutió incluso la posibilidad de un fraude, una estafa barata montada sobre un paisaje contemporáneo. No sería la primera vez, y la certeza de Kühn al afirmar que ese árbol y ese pasto pertenecían por definición a un instante remoto pero impreciso, su rechazo fulminante a cualquier atisbo de duda, su explicación que el mecanismo era inexplicable para profanos, tampoco contribuyeron a despejar la desconfianza. Paradójicamente fueron los otros investigadores, aquellos obviados por el cronólogo e impuestos por los proveedores del dinero, quienes aseguraron la continuidad del proyecto. La grabación de esos segundos de paisaje en movimiento, ya sin interés para el profesor, fue analizada por los botánicos una y otra y otra vez. No pudieron datar con exactitud ninguna de las especies, pero cuando apareció la flor, algo insignificante y poco visible, se abalanzaron sobre la pantalla, pidieron ampliarla, rotarla, volverla a ver en el conjunto y volverla a ampliar. Discutieron acaloradamente lanzándose palabras en latín, y acordaron que no sabían de qué se trataba pero indudablemente pertenecía a una especie vegetal que no sobrevivió a las glaciaciones. Ante tanta ambigüedad ni los financiadores ni los físicos comprendieron la excitación de los botánicos, ni la frustración de los zoólogos por no haberles tocado a ellos ningún regalo prehistórico, pero les bastó a los capitalistas para convencerse que las imágenes pertenecían al pasado, y a los físicos para confirmar su hipótesis sobre el mecanismo del tiempo. Desde ese momento botánicos y zoólogos fueron, a pesar de Kühn, público permanente de sus experimentos. En las sesiones sucesivas también a los botánicos les llegó la decepción, la flor desapareció sin frutos observables y casi no tuvieron más que aportar.

Luego, en una de las proyecciones, aparecieron esos monos caminando erguidos en hilera por la tierra desnuda, que se reveló así en una senda gastada de pasos. Monos de pelo escaso haciendo morisquetas. Imágenes que por sí solas hubieran sido suficientes para quitarle el aliento a una generación entera de científicos, cuando un adulto de los cuasi monos, ya

cerrando la marcha de su grupo, fijó por azar su mirada en los testigos del experimento y literalmente les robó el habla. Entre los presentes no hubo exclamaciones ni fiesta, un silencio religioso fue la única respuesta al encuentro de ojos con ojos a ambos lados del tiempo. Ni siquiera el abogado logró articular un comentario. Eran monos y no tanto, eran parecidos a monos y ya no, eran monos con mirada humana. Mirada que no era sólo el instante observado, que no era sólo picardía o emoción, sino algo inasible, sin límites precisos, hacia el mundo y hacia su propio interior, algo ligeramente triste, ambiguo, humano.

Para disgusto del doctor Kühn desde ese día también se incorporó a la audiencia el grupo de antropólogos, semiólogos, filósofos y hasta un teólogo, asesor espiritual de la directora de la fundación. El grupo de los humanos según los ayudantes del físico. Sin embargo, a pesar de las expectativas, hasta el momento sólo habían aportado más confusión que resultados.

Los ojos de profesor sobrevolaron desde su puesto de mando a los auxiliares y aparatos una vez más. Observó al público absorto en las hierbas ondulando hacia la izquierda. Pulsó una nueva orden. Entonces el sonido ligero del viento invadió la sala. Las hojas del árbol susurraron. Un ruido repetitivo aturdió la sala, martillando los oídos y contrayendo los ceños. El doctor disminuyó el volumen. Las caras se distendieron en asombro.

- Es un bicho - gritó como participando de una adivinanza el abogado.

- Y ahora van a traer también entomólogos, lo que faltaba. Un circo - comentó en voz baja pero audible Kühn.

La joven miró al bebé, continuaba tranquila a pesar de los altibajos del sonido, soñaba escuchando un insecto de la prehistoria. Deseaba tanto que los primates erguidos apareciesen esta vez, había sido tanta la ansiedad y frustración desde que la incorporaron al proyecto. La habían convocado, a pesar de su juventud, como experta reconocida en semiótica animal. Informándole apenas de algunos detalles técnicos de la experiencia y las conclusiones de los botánicos la llevaron a una sala de proyección. Le exhibieron la grabación muda donde los simios habían irrumpido en el paisaje por primera vez, cruzando la senda, rozando apenas la tierra con los nudillos de las manos, tocándose entre ellos, moviendo sus bocas, y finalmente

aquel adulto mirando de frente, al futuro, con esa mirada entre la resignación y la esperanza, esa mirada indefiniblemente humana. En aquella ocasión, y cada vez de las muchas que volvió a ver la escena, un escalofrío seguido de una oleada cálida le llenaba los ojos de lágrimas. Pero pronto la emoción incorporó también algo desesperado, por más que escudriñase los gestos, detuviese las imágenes, las descompusiese en sus componentes esenciales, aunque las observase cientos y miles de veces, no podía afirmar si la comunicación era algo más que simiesca o algo menos que humana. Y si bien por asistir le pagaban una cifra escandalosa, suficiente para financiar los otros proyectos de su equipo, con cada nueva aparición de los monos la frustración crecía en angustia.

Los antropólogos físicos tampoco pudieron, a partir de las imágenes poco nítidas para hacer mediciones, concluir alguna certeza. Con cada fracaso del grupo de los humanos el biólogo molecular arremetía, presionando al cronólogo para el transporte de una muestra tangible de pasado, y presionando a la fundación para que patrocinen su propio proyecto, con un presupuesto apenas inferior al del doctor Kühn.

Y ahora había llegado la oportunidad, habían incorporado sonido a la imagen remota, pero sólo se escuchaba el viento, hojas y el insecto invisible. Nada más, ningún mono. Con los ojos atrapados en el paisaje ancestral la joven acariciaba el rostro de su bebé, intentando recuperar tranquilidad en el contacto. El período usual de conexión entre los tiempos estaba pasando. Nada más. Si sólo pudiera escuchar a los monos. Esa mirada viajando desde el comienzo de la humanidad, una clave tan próxima pero tan vaga, de qué.

Viento, el insecto. De pronto un eco lejano, chillidos de monos. El auditorio se puso de pie. Los auxiliares no podían retener la mirada en los instrumentos, sus ojos escapan a la pantalla central. La gritería se comienza a desgranar en gritos individuales. Se escucha un grito en la sala, el filósofo había clavado sus uñas hasta la sangre en el brazo de la zoóloga sentada a su lado. Los chillidos se acercan. Se acercan y todos saben que el tiempo de transmisión está por concluir. El doctor Kühn sigue atento al proceso, sin siquiera levantar la vista, satisfecho con la nitidez del sonido. Lo que a él le interesaba ya ha concluido, ha demostrado la transmisión en el

tiempo de las ondas sonoras.

- ¡Madrededios! – el teólogo se erizaba cada vez que los veía.

El clan de primates vuelve a desfilar ante los ojos del futuro. De a uno, en parejas, con las crías aferradas a los pelos. Las miradas humanas de este lado de la pantalla buscan las esquivas miradas del otro lado del tiempo, de perfil, ignorantes de ser vistas, indefinidamente humanas. Estiran los labios, muestran los dientes, chillan, apoyan sus manos sobre la espalda del otro, se quitan los piojos, se empujan con gritos inarticulados. La pantalla relampaguea en blanco... está por desvanecerse... se desvanece... la imagen se recupera.

- Monos - la joven cae sentada en su butaca perdiendo la tensión del cuerpo, ahora siente que ha forzado los párpados de tan abiertos - tan sólo monos.

La imagen de las hojas, de los simios caminando, ondula, se nubla, reaparece. El doctor Kühn se echa hacia atrás, señal que la sesión ha concluido. La ventana en el tiempo se está cerrando. El público comienza a recuperar el presente mientras los monos y los árboles del pasado remoto se esfuman.

Un eructo infantil estalla en los parlantes. Un intento de llanto y una melodía, una consonante única, vibrante y cálida. Todavía se logra distinguir en la pantalla el contorno de un primate casi erguido, arrullando a su cría dormida mordiendo la teta. Una cadencia nacida desde la madre que se prolonga en el laboratorio cuando su imagen ya se ha desvanecido. Un relampagueo y la luz y el sonido del pasado desaparecen definitivamente, vuelven a la exclusividad de su instante. Un silencio denso flota y desciende sobre el auditorio deshilachándose.

- Pero si es la misma canción... - el abogado se interrumpe, hasta él se da cuenta que sus palabras son obvias.

No hay más que ver ni escuchar en los monitores. El público de la fundación, los académicos variopintos, incluso los auxiliares del cronólogo observan a la joven y a su hija esperando una respuesta. El sueño de su bebé ha sido arrullado con la misma canción dos veces, en pocos minutos, separados entre sí por miles de años. Ella mantiene los ojos

mesmerizados en la pantalla apagada, con una mano siente a su cría y con la otra se sostiene el pecho, quizás es su corazón, quizás es la melodía ancestral fundiéndose con su cuerpo. Por encima de cualquier teoría que pueda construir a partir de lo escuchado, ahora se reconoce como un individuo único y a la vez integrado a una herencia común, se siente partícipe del tesoro compartido con los monos de mirada humana, tesoro que está legando a su hija, para que su hija lo transmita a su hija, y a su hija, y a su hija, hasta el fin de la mirada humana.

Autor: Oscar Daniel Salomón; Argentina.

Relato publicado originalmente en la antología *Mensajes Perdidos*, Libro Andrómeda núm. 15. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.